



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE211093

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

De las periferias al centro

La Iglesia de los márgenes está presente en este pontificado desde el primer saludo del Papa “venido del fin del mundo”

RITANNA ARMENI

Saben que el deber del cónclave era dar un Obispo a Roma. Parece que mis hermanos cardenales fueron a buscarlo casi hasta el fin del mundo... pero... aquí estamos”. Es el primer saludo del Papa **Francisco** como Pontífice. Es el comienzo de una revolución pastoral. Francisco quiere subrayar que el nuevo Papa proviene de una tierra lejana, de un lugar periférico al margen del centro que orienta y dirige a la Iglesia. Comparada con Roma, que siempre ha sido la capital, con una Europa que es cuna de los valores del cristianismo y con un Occidente que se ha construido sobre esos valores.

Las primeras palabras del nuevo Papa a la multitud en la Plaza de San Pedro, que esperaba bajo la ligera e insistente lluvia de marzo los resultados del cónclave, escuchadas nuevamente después de más de diez años de pontificado adquieren un significado más amplio. No solo revelan una emoción. No son exclusivamente una expresión de modestia y sorpresa, sino de anuncio y visión. El primer Papa no europeo en la historia de la Iglesia, pero que era hijo de inmigrantes europeos, subrayó su origen en las periferias del mundo, en lugares que poco o nada importan. Estaba señalando un camino. Si el cónclave hubiera elegido un Papa, —es lo que nos dicen hoy sus palabras—, desde “el fin del mundo”, esos lugares habrían dejado de ser periferia, habrían superado fronteras y se habrían convertido en centro de la Iglesia. Y diez años después podemos decir que la habrían cambiado y devuelto

la vitalidad, en una alternancia de acción centrífuga, con la imagen bella de la Iglesia en salida, y fuerza centrípeta, con la imagen igualmente eficaz de la Iglesia en escucha. Es significativo que la gran mayoría de los 21 nuevos cardenales nombrados en julio de 2023 procedan de las periferias del mundo.

Las fronteras se cruzan de una y otra parte. Los muros se superan aquí y allí.

¿Puede la periferia volverse central, pueden los márgenes adquirir protagonismo y expandirse hasta el punto de invadir el centro y volverse uno con él? ¿Podrán cambiar la Iglesia, renovarla? ¿Y hoy de quién están compuestos los márgenes? ¿Quiénes son los protagonistas que anuncian un cambio desde la periferia? Estas son las preguntas que se ha planteado *Mujeres, Iglesia, Mundo* pensando en los diferentes conceptos de “periferia” geográfica, existencial, espiritual y religiosa; a la que le sumamos “de género”.

Geográfica y global

Sin duda, existe una periferia geográfica y global que presiona las fronteras. Los países de un mundo que hasta hace algún tiempo solo podían ser educados tuvieron que limitarse a conocer la fe que otros habían traído, aceptarla y absorberla. Una fe con sus dogmas, sus certezas, sus hábitos y sus liturgias. El elemento vital procedía del centro y durante años se distribuyó con mayor o menor benevolencia entre los pueblos más pobres de la Tierra, ya fuesen los que habitaban los bosques del Amazonas, las áridas tierras africanas o los barrios mar-

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDEZZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va



→ ginales asiáticos. Un camino en el que la Iglesia a veces se ha confundido o no se ha distinguido lo suficiente, con la cultura del mundo occidental, incluso –en un pasado lejano– cuando ésta coincidió con abusos militares y políticos. Hoy son precisamente las periferias las que dan nueva vida al centro, son ellas las que indican un nuevo camino de fe que en otros lugares se ha vuelto tibio y despistado.

Hay un precedente. En 2007, al otro lado del mundo, la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano de Aparecida reiteró con fuerza e inequívocamente “la opción preferencial por los pobres y excluidos”. El entonces cardenal de Buenos Aires, **Jorge Mario Bergoglio**, fue el presidente de la comisión redactora del Documento Final. Fue el documento de “una conferencia subcontinental importante, pero relativamente pequeña” (ver el jesuita **Diego Fares** en *La Civiltà Cattolica*, 2017). Hoy la Iglesia cuestiona y es cuestionada por todas las formas de periferia existencial presentes en todas partes del mundo: personas sin hogar, refugiados, emigrantes, refugiados políticos, enfermos, presos, desempleados, discriminados por motivos de religión, fe, opiniones o género.

Hay otro momento significativo. El Sínodo de 2019 fue “para la Amazonía”, pero inmediatamente se hizo evidente –y se leía claramente en la web del Sínodo del año anterior–, que el “gran proyecto eclesial, civil y ecológico que busca superar las fronteras y redefinir la pastoral adaptándola a los tiempos contemporáneos” fue un acicate para toda la Iglesia: “Si bien el tema se refiere a una región específica como es la Panamazonía, las reflexiones propuestas van más allá del territorio geográfico, ya que abarcan a toda la Iglesia y se refieren al futuro del planeta”.

El drama de la Amazonía

Ese Sínodo llevó al centro de la atención universal los problemas de una Iglesia lejana que en Roma se convirtieron en problemas de toda la Iglesia y hablaron al mundo. El drama de la Amazonía puso de relieve el drama de nuestro estilo de vida. Y de ese Sínodo, en el que incluso la periferia vino físicamente a Roma, surgieron reflexiones y decisiones sobre aspectos importantes para las mujeres, muy doblemente marginadas en la Iglesia y en la sociedad, como la ministerialidad. Y hubo algunas decepciones.

Pero es un caminos que no se ha parado. El pasado mes de junio fueron recibidas por el Papa la ecuatoriana **Patricia Gualinga**, líder kichwa del Sarayaku, la brasileña **Laura Vicuña**, indígena del pueblo Kariri y la peruana **Yesica Patiachi**, del pueblo Harakbut, representantes de la Conferencia Eclesial de la Amazonía y la REPAM. Hablaron sobre el medio ambiente y las responsabilidades del mercado en la destrucción de la creación.

Y sobre los ministerios de la mujer en la Iglesia. Habían pedido una reunión con el Pontífice. Es el impulso del “continente de la esperanza”. Europa, por el contrario, ve cómo disminuye su vitalidad religiosa. Se habla de ella como de una periferia de la fe. Francia, Italia, Alemania, España, que construyeron el catolicismo y durante siglos han sido centros impulsores del cristianismo, hoy parecen haberse convertido a una creencia económica y social que ha creado barreras y exclusión, que aísla. Y dejaron de lado la espiritualidad y la fe.

La fe en los países pobres nace de la riqueza de la relación con los demás, de su carácter indispensable para superar las dificultades de la vida. Están en el fin



del mundo, pero incluso desde allí logran hablar y dar nueva vida a las palabras del Evangelio. Ofrecen nuevos horizontes y toman la palabra por fin. Desde África, desde el Asia sin límites y desde América, también de la aparentemente rica, pero que vive los dramas de las periferias urbanas y existenciales: una fuerza centrípeta parte de las fronteras y mueve a la Iglesia. Que tiene una extraordinaria oportunidad de aprender y reconstruirse.

Los inmigrantes, mujeres y hombres que abandonan sus países en la periferia del mundo piden una existencia mejor, pero también tienen que ofrecer su experiencia de vida y de fe, una fuerza innovadora. Ni intrusos a los que repeler, ni solo mano de obra barata. Pero portadores de la vitalidad de una fe apagada en nuestros países, de nuevas soluciones de convivencia. “Experimentamos cada vez más cómo la presencia de fieles de distintas nacionalidades enriquece el rostro de las parroquias y las hace más universales, más católicas”, subrayó Francisco. A **Elisa Kidané**, nacida en Segheneiti, Etiopía, comboniana, desde hace muchos años en América Latina, desde hace algunos años en Roma, le encanta repetir: “Ahora soy misionera en Italia”.

¿Podemos hablar de mujeres en la periferia de la Iglesia? ¿Se puede hablar de irrelevancia, de marginalidad, de falta de protagonismo en una Iglesia que ha preservado la presencia, la historia y la memoria de las mujeres en las miles de santas y beatas, que las celebra cada día y en todas partes del mundo en las parroquias, en las calles y en las comunidades? ¿Una Iglesia que ha puesto el culto a **María** en el centro de la oración, del arte y de la redención? ¿Podemos hablar de marginalidad cuando pensamos en los que han construido su presencia incluso en una institución tan masculina? ¿O a las religiosas y monjas que son protagonistas cada vez más importantes de la vida eclesial? Podemos hablar de ello si primero hacemos una distinción entre presencia en la Iglesia como comunidad, como *ecclesia*, y presencia en los lugares de toma de decisiones y elaboración oficiales. En este caso, la presencia femenina todavía puede definirse como irrelevante o insignificante. Hoy en día las mujeres viven en la periferia y aparecen al margen de las grandes decisiones. Son objeto de estas más que sujeto.

En las fronteras de las mujeres

Hoy podemos decir con cierta seguridad que es precisamente la periferia femenina la que, más que otras, asedia el centro y plantea el problema de la renovación y de una mayor coherencia con la palabra del Evangelio. La presencia de las mujeres en el proceso sinodal, —primario, fundamental, esencial—, lo demuestra. Sus peticiones de protagonismo en las decisiones y en la elaboración del pensamiento son hoy un hecho ineludible. Así como es un hecho que la nueva conciencia de época de las mujeres del planeta, comúnmente definida como feminismo, ha entrado en el poder eclesiástico y obliga a reflexionar.

Hoy asistimos a una paradoja. La posición de menor poder de las mujeres en relación con el “centro de toma de decisiones” las hace más fuertes en estos tiempos difíciles. La marginalidad ha llevado al desarrollo de un sentido crítico más necesario que nunca para una institución que solo puede aspirar a su propia renovación en la coherencia del mensaje evangélico. Son las mujeres que siempre han estado “dentro” de la Iglesia y siempre mantenidas al margen, cuyas capacidades han sido utilizadas, pero raramente reconocidas, las que indican la salida del inmovilismo y de un ritual masculino que ahora es abiertamente insuficiente.

Si hacen fecunda la contradicción centro-periferia, pueden iluminarla poderosamente con la luz del Evangelio, que es palabra de un Dios hecho hombre, de un hombre de frontera que dio voz a los marginados. Desde el punto de vista de la toma de decisiones, las mujeres en gran medida son las pobres de la Iglesia. Los movimientos femeninos y feministas de fieles, religiosas y teólogas han abierto un debate muy fructífero, discutiendo teorías y posiciones espirituales y teológicas producidas por los hombres invirtiendo la perspectiva geográfica, con vigor y convicción en los países europeos.

Los suburbios no son solo países lejanos, lugares poco conocidos. También son existenciales las periferias geográficas, lugares en los que vive una humanidad abandonada, marginada y descartada. Separados por barreras que muchas veces se han convertido en muros. En cambio, hoy ofrecen nuevos horizontes. Son ellas quienes pueden cambiar una mentalidad social y cultural y sobre todo una visión de fe. Nos dicen que hay otro relato de la existencia y que esta puede cambiar la vida de muchos.



Iglesia, mujeres y fe: los puntos de partida

RITANNA ARMENI

Cinco preguntas, no las mismas, pero sobre el mismo tema: esta Iglesia que renace desde las periferias que, por impulso de un Papa sale del centro, trae las periferias al centro. Que no son solo lugares geográficos, sino también espacios internos de sufrimiento, de existencia, lugares del alma, de mensaje evangélico y de impulso al cambio. Y esperanzas que para las mujeres parten de su marginalidad histórica. Un diálogo paralelo, cada una desde su orilla, de dos religiosas que siempre han estado atentas a los problemas de las mujeres y que creen haber encontrado un espacio de crecimiento en la Iglesia. Teresa Forcades y Grazia Loporco hablan desde una perspectiva femenina amplia y desde su punto de vista de mujeres y religiosas, de benedictina española y de salesiana italiana. Y reflexionan sobre la dirección del pontificado de Francisco, la crisis de fe en el Occidente industrializado, la milenaria exclusión femenina en la Iglesia y las expectativas del mundo religioso femenino.



TERESA FORCADES · Religiosa benedictina española

De los descartados

Teresa Forcades, natural de Barcelona, es una religiosa benedictina del monasterio de Monserrat. Es teóloga, médico, activista social y fundadora del movimiento político Procés constituent de Cataluña.

¿Cómo ve a la Iglesia hoy? La Iglesia “de” las periferias, es decir, que pone, o intenta poner, en el centro de su atención a aquellos que están excluidos del poder y la riqueza; ¿O una Iglesia “en” las periferias, es decir, una institución que al menos en la parte europea y occidental del mundo ya no es capaz de llegar con sus enseñanzas y valores?

Ambas posibilidades son verdad. La Iglesia es “de” las periferias y está “en” las periferias. Desde la elección del Papa Francisco, está claro que son objeto de su atención privilegiada. Su forma de hablar de los “descartados” ayuda a comprender que la pobreza tiene causas estructurales que dependen del sistema capitalista. “Pobre” no es lo mismo que “descartado”. Yo diría que “pobre” es una categoría neutra y que “descartado” implica una crítica social: ¿descartado por quién, con qué criterio, con qué fin? El sistema capitalista reduce el valor del hombre a mercancía y descarta bienes que no necesita. La Iglesia católica promueve hoy la conciencia social sobre esta cuestión. El documento sobre la Ama-

zonia tiene algunos pasajes fuertes en este sentido, al igual que *Fratelli tutti*.

El año pasado tuve la oportunidad de participar en un proyecto del Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral titulado ‘Hacer teología desde las periferias existenciales’. Participaron 40 ciudades de los cinco continentes y se entrevistó a más de 500 personas que habitualmente viven en las periferias, no con el objetivo de escuchar lo que les falta, sino con el objetivo de escuchar lo que pueden aportar, en este caso, a la teología. Los resultados de este proyecto están disponibles en <https://migrants-refugees.va/it/theology-from-the-peripheries/>. A nivel local, está claro que organizaciones como Cáritas Diocesana, Manos Unidas o el Servicio Jesuita a Refugiados y muchas otras son cada vez más activas y presentes.

Minoritario y marginal

Paralelamente, también es cierto que en Europa el catolicismo ha pasado de ser sociológicamente dominante a ser minoritario y en la práctica claramente marginal. La mayoría de los europeos no son católicos y la mayoría de los que lo son experimentan la pertenencia a la Iglesia como algo marginal en sus vidas, como una realidad que no influye mucho en sus decisiones, tanto a nivel moral (relaciones sexuales

fuera del matrimonio, anticoncepción, matrimonio entre personas del mismo sexo, divorcio) y a nivel socioeconómico (qué actividades o trabajos realizar o apoyar). El catolicismo está creciendo en África y Asia, pero en ambos continentes es cuantitativamente marginal. No lo es desde un punto de vista cualitativo, ya que representa un vínculo importante con Europa y la cultura occidental.

¿Qué debería hacer la Iglesia para acercar al centro a los marginados de la tierra, para hacerlos protagonistas de la vida del mundo y de la fe? ¿Cree que el pontificado de Francisco ha ido en esta dirección?

Apoyar y, en su caso, promover a los hombres y mujeres de Iglesia que trabajan en las periferias, dar prioridad a los intereses de los marginados y dar voz a sus inquietudes y necesidades y representarlos en los organismos internacionales. Sí, creo que el Papa Francisco está trabajando en esta dirección y que lo está haciendo de manera abierta, es decir, no para promover la institución eclesial, sino con el objetivo de ayudar verdaderamente a los descartados.

Hablemos de la Iglesia “en” la periferia. Los grandes países europeos están atravesando una crisis profunda, como Francia y Alemania.

¿Cuáles son las razones? ¿Dónde están las responsabilidades?

Por un lado, el miedo al cambio y a la modernidad, la disociación entre el magisterio y la práctica de los católicos en materia de moral sexual, el sexismo eclesial, la homofobia, el escándalo de los abusos sexuales; por el otro, el clericalismo y la falta de conservación de la visión sacramental del mundo que le confiere belleza y misterio. El principal problema de la Iglesia católica es la pérdida del profetismo: la connivencia con los poderes mundanos, el hecho de que no se opuso tanto al fascismo como al comunismo, el hecho de que no apoyó la lucha por la justicia social en América Latina o la lucha por la igualdad de las mujeres o la lucha de los trabajadores por un trato digno.

Muchas personas en la Iglesia han apoyado estas causas hasta el punto de dar la vida, pero no la mayoría, ni todos los líderes de la Iglesia. La responsabilidad es de todos los católicos que no lo han hecho, cada uno desde su lugar. Como dice San Pablo, cada uno debe hacer el bien como se propone. ¿Lo hacemos?

Si hablamos de las periferias no podemos dejar de tener en cuenta la exclusión femenina en la Iglesia. No pienso solo en el sacerdocio, sino en la presencia y la influencia de las mujeres. ¿Algo ha cam-

biado? ¿Y qué pueden hacer las mujeres de la Iglesia para superar las múltiples formas de exclusión a las que están sometidas?

El cambio más evidente y positivo se está produciendo en el gobierno de la Iglesia, en la curia, porque por primera vez hay mujeres en puestos de poder incluso por encima de los obispos. La reforma de la curia de marzo de 2022 da una base jurídica a estos cargos, hasta ahora ejercidos en la sombra, y reconoce por primera vez en la historia la capacidad de las mujeres para ejercer el gobierno central de la Iglesia. El ejercicio del gobierno local ya estaba reconocido en la Iglesia primitiva y también en la medieval. Por ejemplo, las abadesas mitradas tenían jurisdicción eclesiástica sobre los territorios pertenecientes a su abadía, que podían ser muy extensos.

Diaconado femenino

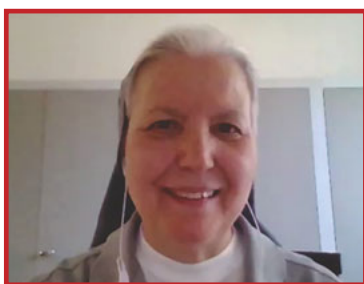
Aprecio el hecho de que el documento de trabajo (*instrumentum laboris*) publicado para el Sínodo incluya la ordenación de las mujeres al diaconado. Y también considero positivo para las mujeres en general que el Sínodo esté considerando la suspensión del celibato obligatorio.

Usted es religiosa y conoce el gran proceso de renovación que ha afectado al mundo religioso femenino en los últimos años. ¿Cree que se ha

reconocido suficientemente? ¿Cree que hoy podemos hablar de religiosas que salen de la marginalidad a las que se les confina?

No creo que podamos decir que, en general, el mundo religioso femenino se haya vuelto más visible. Al contrario, dado que las grandes escuelas católicas femeninas están desapareciendo en las grandes capitales. En estos colegios las monjas educaban a las hijas de la élite y en muchos casos también realizaban interesantes labores sociales. Incluso los grandes monasterios femeninos de tradición milenaria están desapareciendo. En Europa y Estados Unidos, hay menos monjas (¡muchas menos!) y menos influyentes.

Al margen de esta realidad general, hay monjas que destacan como teólogas (por ejemplo, **Elisabeth Johnson** y **Margaret Farley**, en Estados Unidos), como líderes espirituales (**Joan Chittister**, también en Estados Unidos) o portavoces de los derechos de las mujeres y de la reforma de la Iglesia (**Philippa Rath**, en Alemania) y también es cierto que la conciencia de sí mismas de las monjas ha cambiado. Más allá de cifras singulares, es cierto que las monjas son más conscientes de las dinámicas de poder intra y extraeclesiales, más conscientes del escándalo del sexismo y el clericalismo, menos dispuestas a promoverlo, apoyarlo o tolerarlo.



GRAZIA LOPARCO · Salesiana italiana

La importancia de la educación

Grazia Loparco, nacida en Locorotondo (Bari), es religiosa de las Hijas de María Auxiliadora, profesora de la Pontificia Facultad Auxilium de Roma, historiadora. Le interesan las investigaciones históricas sobre las religiosas, las mujeres, la educación, los judíos y la Familia Salesiana en el mundo. Está en el comité directivo de *Mujeres, Iglesia, Mundo*.

Desde el Concilio Vaticano II, ¿cree que las mujeres han logrado salir de las periferias a las que han sido relegadas durante siglos?

Si nos referimos a la Iglesia católica, creo que la apertura de las Facultades de Teología a las mujeres y a los laicos en general ha sentado las bases para una me-

yor preparación en este campo. De ahí la maduración de competencias que poco a poco se van reconociendo y valorando, porque estamos en un terreno común, hablamos el mismo idioma. La poca cultura es sin duda una razón fundamental para la marginación. Esto no debe confundirse con el acceso al poder jerárquico. La comprensión teológica de la mujer puede enriquecer, y diría reequilibrar, la manera de entender la autoridad, los roles que en la Iglesia surgieron como ministerios, es decir, el servicio en el Pueblo de Dios no como afirmación de dominación. El riesgo de carrierismo siempre está presente, en hombres y mujeres. Donde hay una mirada menos interesada puede surgir una voz más libre y una crítica más constructiva cerca

de la gente, de sus necesidades, dudas, inquietudes y esperanzas.

A pesar de los pasos dados, todos comprobamos que las mujeres todavía no son interlocutoras verdaderamente autorizadas en muchas circunstancias debido a prejuicios persistentes en la formación, que a veces arraigan en las propias familias y continúan en la vida de las comunidades eclesiales. Sobre las fragilidades, sobre la totalidad de la persona, sobre la integración entre “mente, corazón, manos”, como nos recuerda el Papa **Francisco**, las mujeres en general tienen más intuición y experiencia. Así, si fueran escuchadas y valoradas, podrían integrarse mejor con habilidades más específicamente masculinas, en beneficio de todos. El camino ha



¿Podemos definir las principales etapas de este camino para las mujeres en la Iglesia?

Para responder a esta pregunta deberíamos definir qué entendemos por Iglesia y periferias y tratar de no aplicar nuestras categorías interpretativas al pasado. No me parece posible responder con pocas palabras. Solo recordaré algunas ideas. Ya el martirio de los primeros siglos colocó a las mujeres en el centro del testimonio cristiano al mismo nivel que los obispos y los papas; igualmente en cuanto la autonomía en la decisión de consagrarse combinando fe y caridad concreta; o el hecho de haber permanecido en contacto con el pueblo privado de la posibilidad de afianzarse en la doctrina. ¿Quién vive el servicio de los pobres en la redención de la dignidad, quién educa elevando a los grupos populares, quién apoya a las mujeres humilladas, está en la periferia o en el centro de la Iglesia? Si por centro entendemos poder, ¿estamos seguros de que entendemos a la Iglesia? Esto se aplica a creyentes y no creyentes. Si no queremos prolongar el malentendido denunciado por el Papa Francisco, necesitamos volver a comprender la naturaleza y la misión de la *Lumen Gentium* es espléndida, sino en la vida cotidiana de las comunidades locales.

¿Qué papel han desempeñado las religiosas?

En el siglo XIX y hasta mediados del XX en Europa, las religiosas dedicadas al apostolado encabezaron el protagonismo femenino en algunos campos, abriendo camino a los laicos también en otros continentes de misión. Pensemos en las docentes tituladas, enfermeras o misioneras con necesidades de preparación cultural, de viajes, de capacidad empresarial para muchas comunidades, de gestión del dinero para las obras, de sobriedad de vida y de solidaridad y universalidad en el servicio. Cuando y donde estos aspectos se convirtieron en valores generalizados entre las mujeres de la sociedad, la figura de la mujer religiosa perdió atractivo social. La vida religiosa, en el corazón de la Iglesia, está llamada también a estar al día con los tiempos y con los nuevos desafíos antropológicos, espirituales y sociales. Creo que la formación marca y marcará la diferencia, no solo en Europa, para un testimonio del Evangelio creíble y por lo tanto autorizado. La actitud de discernimiento y de conversión transforma día a día la vida, haciéndola más humana, signo y recordatorio de esperanza para uno mismo y para todos.

comenzado, pero el cambio de mentalidad aún está lejos. El mundo vive hoy a un ritmo acelerado por lo que la larga historia de la Iglesia no nos debe hacer creer que tenemos todo el tiempo del mundo.

¿Qué papel ha tenido el Concilio?

El Concilio representó un punto de inflexión en la atención al mundo moderno ya que la decisión de dialogar con el mundo contemporáneo que atravesaba una crisis compleja. La Iglesia había estado durante mucho tiempo más preocupada por defender principios que por anunciar con un nuevo lenguaje el sentido de la vida que filósofos, artistas y hombres de letras denunciaban haber perdido después de haber renunciado a mirar abiertamente el misterio. La extraordinaria figura de **Pablo VI** volvió a poner en el centro el tema del testimonio y del compromiso en la construcción de una civilización del amor. Era lo contrario de una religiosidad formalista o intimista de "sacristía" donde las ideologías hubieran querido relegar al clero esperando su desaparición. La secularización, una vez reconocida, exigía y entrañaba cambios en la vida de las Iglesias locales. Pero no en todas partes, no siempre. La historia real nos impide afirmar algo con claridad, si no queremos caer en el reduccionismo ideológico.

Los años setenta se caracterizaron por un gran protagonismo femenino. Las mujeres habían salido de la marginación que la sociedad les había impuesto. ¿Podemos hablar de un fenómeno paralelo en la Iglesia? ¿Y en qué se parecería y en qué no?

En la sociedad europea, las mujeres han surgido como protagonistas gracias a la educación generalizada, el acceso a las

profesiones y la política, gracias a la autonomía económica y en las elecciones en el ámbito emocional y sexual. En concreto, estamos hablando de un número creciente de mujeres que, gracias a la lectura, la televisión y el cine, se están apropiando de ideas y comportamientos que antes eran más bien para élites.

Aportación cualificada

En las parroquias ha habido una aportación femenina más cualificada, quizás en las primeras décadas bajo la presión del Concilio, luego casi forzada por la disminución de sacerdotes. La asunción de la palabra y la responsabilidad por parte de las mujeres parecía ser una forma de reivindicación en coordinación con los movimientos feministas. Esto generó inicialmente desconfianza hacia las personas más críticas, aunque bien intencionadas, por parte de quienes permanecían en la mentalidad machista o paternalista, y buscaban la colaboración de mujeres más sumisas por su cultura o formación. ¿Es una coincidencia que en los recientes movimientos y comunidades mixtas la formación cultural de las mujeres no haya sido promovida?

En las últimas décadas, gracias a las feministas católicas y a una cierta aceptación del clero, se ha producido una salida de la marginalidad. La similitud en la sociedad y en la Iglesia puede estar en ciertos procesos relacionales y culturales que conciernen a hombres y mujeres. Veo una diferencia que el respeto a las mujeres como personas, antes que a sus roles, es original del cristianismo, aunque oscurecido en sus consecuencias prácticas. La canonización de muchas mujeres ha contribuido a poner de relieve que no somos solo "hijas de Eva".



Escuela de libertad

Una joven indígena me contó que todas las semanas, cuando regresaba a su casa de la comunidad, su marido la golpeaba. Una vez le dijo que tarde o temprano se cansaría de pegarla, ‘pero yo no me cansaré de ir a la comunidad porque allí me siento libre’, le dijo. El hombre quedó desconcertado. Desde entonces no volvió a tocarla. Esta historia resume lo que son las comunidades eclesiales de base para las personas marginadas y, en particular, para las mujeres: una escuela de libertad”. **Eudosia Lagunes Molina** experimentó esto de primera mano mientras trabajaba en Paso del Macho, en el estado mexicano de Veracruz. Es un pequeño pueblo de campesinos, más de la mitad pobres, rehenes de la violencia de las mafias del narcotráfico. Desde hace tres años, Eudosia coordina allí una comunidad eclesial de base que reúne a cientos de jóvenes y, sobre todo, chicas. “Hay muchas madres jóvenes que vienen con sus hijos. Y es una alegría verlos porque demuestra que las comunidades eclesiales de base no son cosa del pasado. Son presente y futuro”.

Es imposible saber el número preciso de estas realidades eclesiales marginales, femeninas, con rasgos samaritanos, –pobres que evangelizan a otros pobres a través de la solidaridad–. “Tan innumerables como las estrellas del cielo”, aseguraba **Carlos Mesters**, teólogo carmelita, holandés de nacimiento y brasileño de adopción.

Nacidas del fermento de renovación de la práctica pastoral que marcó los años 1950 en América Latina, fueron “oficializadas” en 1968 por la Conferencia de Medellín, momento crucial de la recepción del Concilio por parte del episcopado continental. “Centro propulsor de la evangelización” y “célula inicial de la estructura eclesial”, las llama el *Documento Final*. “El texto describe lo que ya estaba sucediendo en las interminables periferias de las nacientes megaciudades y en las zonas rurales donde los católicos habían comenzado a reunirse en pequeños

LUCIA CAPUZZI

Las comunidades de base revitalizan América Latina

grupos, “de tamaño humano” se decía, para leer su propia realidad a la luz de la Palabra y comprometerse a ayudar a que esta fuera más parecida al Evangelio. No eran grandes proyectos, sino en pequeñas acciones que ofrecían un testimonio, según el principio tomado de un proverbio africano, “la gente sencilla que hace cosas insignificantes en lugares sin importancia puede lograr cambios extraordinarios”, explica la mexicana **Socorro Martínez**, religiosa de Sagrado Corazón y coordinadora de la división continental de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB).

Al principio fue decisivo el impulso de los sacerdotes y de las congregaciones religiosas. Pero pronto los laicos asumieron el papel protagonista. Y las mujeres, gracias a su estructura esbelta y flexible, se convirtieron en la columna vertebral. “Son las comunidades de base las que les han ayudado a tomar conciencia de su doble marginalidad, socioeconómica y de género. Y a combatirla. Comprender que para Dios todos y todas son hijos e hijas los impulsó a hablar, a elegir y a convertirse en sujetos activos”, subraya Eudosia.

La carga transformadora se mantuvo en el tiempo, también cuando las comunidades se extendieron fuera del continente, en África. “Su activismo social hizo que a veces fueran miradas con recelo por la institución eclesial”, continúa Socorro. El



Documento de Aparecida de 2008 marcó un relanzamiento de las comunidades de base. “Con el proceso del Sínodo en marcha han vuelto a ser muy relevantes. Somos sinodales desde siempre. Por eso, podemos ofrecer nuestra experiencia a la Iglesia universal”. “Las comunidades son un ejemplo concreto de diversidad armoniosa en la que los diferentes carismas y ministerios se integran en un nivel de igual dignidad de hombres y mujeres bautizados”, explica **Claudia Pleita**, nutricionista de 29 años de la región del Chaco paraguayo. Hace cinco años conoció la comunidad de San Ramón y se convirtió en su líder. “Pensé que eran lugares frecuentados por personas mayores nostálgicas y con mucho tiempo libre. Pero descubrí que eran lugares llenos de vida, donde podía dar testimonio de la fe de una manera más auténtica”, dice la joven.

Vínculos comunitarios

En este tiempo, el principal desafío de las comunidades de base ha sido establecer un diálogo con las nuevas generaciones. Con este fin nació ‘Bendita mezcla’, una escuela virtual que ofrece formación teológica a menores de 35 años y representantes de los movimientos populares. La iniciativa tiene como objetivo una enseñanza “joven” que parte de la experiencia cotidiana y ayuda a las personas a crear vínculos comunitarios.

“Fue una experiencia muy intensa, –dice Pleita–, que nos hizo querer seguir este camino. En julio lanzamos el primer encuentro presencial en Paraguay para ministros de escucha comunitaria dirigido a los jóvenes”. “Tienen un profundo deseo de establecer vínculos fuertes, basados en compartir el compromiso de mitigar las injusticias, cuidar de la casa común y apoyar a los más frágiles. En las comunidades encuentran un acogedor laboratorio de experimentación, como la generación de sus padres”, dice **Giliane Gomes Lete**, ex profesora de historia que dejó la enseñanza para dedicarse por completo a la pastoral en la diócesis de São Félix do Araguaia, una de las cunas de las comunidades de base brasileñas gracias a la profecía del fallecido obispo **Pedro Casaldáliga**.



de trata. “En el Centro de Formación Integral tenemos la suerte de estar cerca de la frontera. Esto nos facilita el acercamiento a las mujeres migrantes venezolanas y a las colombianas repatriadas. Es hacer lo que dice el Papa: ir a las periferias, trabajar codo a codo con ellas, ver de primera mano sus problemas, el dolor, el desarraigo, la peripecia que viven cuando dejan su tierra y se adentran en lo desconocido. La gran mayoría migra con sus hijos muy pequeños. Es gratificante aportar un granito de arena a la vida de cada una, nos fortalece como Iglesia y como comunidad apostólica”.

El “grano de arena” alcanzó a tresmil mujeres en la marginación en que viven, acogidas en centros de escucha, asistidas con visitas domiciliarias, empoderadas con talleres de cocina, cosmética y estética, sastrería, confección de joyas y bolsos, costura... protegidas por una densa red de atención cuando son víctimas de la explotación sexual, rescatadas junto a sus hijos de un peligro inminente para sus vidas en el refugio Casa Segura. Soledad es una mujer enamorada de su misión, de las vidas que encuentra y de la colaboración con las monjas oblatas. “Soledad, ¿dónde está Dios en esta tierra de frontera?”, le preguntamos. “Encontramos a Dios en las mujeres. Descubren, a través de nosotras, que Dios las ama y siempre ha estado con ellas, incluso en los momentos más oscuros. Esto me emociona. Me complace darme cuenta de lo sensibles que son estas mujeres humilladas y heridas. Ellas son quienes nos acercan a Dios cuando las escuchamos y cuando las ayudamos. Nos dan más de lo que les ofrecemos”.

Encuentro con Dios

María Soledad se entrega por Jesús en las calles de Colombia

ANTONELLA MARIANI

En los 90 eran las adolescentes colombianas las que huían de la esclavitud en la que les atrapaban las bandas criminales. Y en la década de 2000 llegaron familias venezolanas hambrientas, aplastadas por la crisis económica. Cúcuta es una ciudad fronteriza en expansión de 750 mil habitantes, es el más transitado de los ocho cruces oficiales entre Colombia y Venezuela. Un lugar de penas y esperanzas rotas. El 94 por ciento de las personas cruzan la frontera a pie. Es aquí donde ejerce su misión **María Soledad Arias**, incansable y apasionada religiosa de las Hermanas Adoratrices, Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad. Desde hace 27 años ha presenciado las migraciones de un lado a otro, encarnando, junto a sus hermanas, esa “Iglesia de periferia” en la que tanto

insiste el Papa **Francisco**. “Cuando llegamos en 1995, nuestro trabajo consistía en acompañar a las adolescentes colombianas que huían de la explotación sexual en la prostitución y en los conflictos armados. Hemos atendido a más de cuatromil de ellas, trabajando en su formación espiritual, artística e integral”, explica.

En Venezuela, tras el colapso de los precios del petróleo, estalló una grave crisis económica, social y política, que llevó a una emergencia humanitaria. Casi 2 millones de venezolanos han emigrado a Colombia. Soledad y sus hermanas decidieron no abandonar a las mujeres en busca de pan y medicinas para sus hijos que cayeron en la trampa del más vil chantaje sexual.

En Cúcuta, Soledad divide su tiempo entre dos centros de escucha, los talleres de formación para el trabajo y el emprendimiento y el albergue para mujeres víctimas

“Tienen el derecho de vivir”

La hermana Christa trabaja en la frontera de México y Estados Unidos

Christa Parra no tiene una tarea específica. Solo la de estar cerca y amar. Y responder a las necesidades que surgen en el albergue para migrantes donde trabaja en Ciudad Juárez. Christa es una joven monja de las religiosas de Loreto. Vive entre dos mundos: el privilegiado por haber nacido en Estados Unidos y el otro en misión entre inmigrantes a la espera del gran salto hacia EE.UU. Es la tercera generación de inmigrantes mexicanos. Cada

mañana se pone al volante, sale de El Paso, Texas, y en 45 minutos en coche llega al centro de acogida del otro lado de la frontera. “En el albergue viven mujeres con hijos. Mujeres vulnerables y sin recursos, que afrontaron un largo viaje desde el Sur por desesperación, pensando en el futuro de sus hijos. Tenemos tres casitas con cocina compartida y apartamentos para familias. En total podemos alojar a 60 personas”. Llegan migrantes desde Haití, El Salvador, Hon-

duras, Nicaragua, Venezuela... y todos esperan cruzar el puente que separa México de Texas, el sueño y la pesadilla de todos.

Hoy entrar a EE.UU. se ha convertido en un galimatías de normas, reglas, excepciones y posibilidades. **Joe Biden** ha querido establecer un sistema con patrocinadores que avalen a los solicitantes. Es un método que funciona, pero la espera es larga. Y es necesario usar una aplicación para programar una cita con un agente estadouni-

A. MARIANI

dense y presentarse en el punto fronterizo. La disponibilidad de 1.000 solicitudes diarias se agota rápidamente. Superados los problemas técnicos y ya registrados, hay que esperar pacientemente la llamada.

Christa dedica su vida a este pueblo que espera. “Nosotros trabajamos según las indicaciones del Papa **Francisco**, es decir, acoger, proteger, promover e integrar”. Y escuchar. Escuchar la tristeza de una familia que huye del sur de México después de que un hijo y su nuera embarazada fueran secuestrados por

Refugiadas que hablan con la mirada

Joy no tiene ni veinte años, escapó de Nigeria y de un horror que las palabras no pueden describir, pero sí sus cicatrices. Todos los días sonrío. Llego todas las mañanas a clase, se sienta y abre su cuaderno. Quiere aprender italiano, estudiar y abrir su propia tienda. Desea traer a su hermana por avión y no por mar como ella. Antes nunca había ido a la escuela. No sabía leer ni escribir. Todavía se expresa poco, no solo porque no sabe bien el italiano, sino porque carece de experiencias que den sentido a las palabras. Nunca ha visto una pizarra, nunca ha probado un helado, nunca ha acariciado a un gato y nunca ha montado en bicicleta. Joy no tiene amigos ni familia. Viene a la escuela todos los días, se sienta y atiende y luego regresa al centro de acogida donde vive. Allí hace sus deberes. Escribe hermosas cartas a su profesora de italiano que ha conocido a muchas mujeres refugiadas. Joy dice que tiene una luz especial.

Anna está agotada. Lleva sobre sus hombros un dolor tan grande que la agota, le quita el pensamiento, el sueño y a veces parece asfixiarla. Huyó de Eritrea después de que mataran a su marido. La acompañaban sus dos mellizas de un año. Anna estuvo atrapada en Libia, en una celda durante un año entero porque no tenía dinero para pagar a los traficantes. Una celda tan pequeña que no podía recostarse,

DONATELLA PARISI

El horror, el cansancio y la esperanza se entrelazan en el Centro Astalli de Roma

pero lo suficientemente grande como para contener todo el mal del mundo. Todos los días los soldados entraban a esa celda. Cada día el horror se desarrollaba ante los ojos atónitos de las jóvenes desesperadas. Anna no gritaba, no lloraba para no asustar a sus hijas que acabaron muriendo de hambre ante sus ojos. Sus cuerpos sin vida se quedaron a su lado hasta que logró salir, subirse a un barco y llegar a Lampedusa. Durante un año estuvo internada en el hospital de Catania debatiéndose entre la vida y la muerte. Anna llegó embarazada a Italia y aquí nació **Elvira**, llamada así en honor a la enfermera que la ha cuidado.

También pasará

Elvira da sentido a todo. Mantiene viva a su madre y viceversa. Anna trabaja muchas horas al día en un hotel. Elvira va al colegio y luego se encuentran por la noche en un apartamento en las afueras. Recientemente recibieron una orden de desalojo a pesar de que el alquiler llegó a tiempo. Cuando la trabajadora social le pregunta si está preocupada, Anna mira hacia abajo y susurra que esto también pasará.



Y luego está **Fátima**, sentada en una silla sin querer comer ni hablar. Su cuerpo está ahí, pero su mente está muy lejos viajando a su casa en Irak. Está enferma, pero no quiere que la traten y no deja que ningún médico la toque. Su dolor lo ocupa todo y no tiene sitio para nada ni para nadie. Los asistentes sociales creen que está durmiendo en un tren abandonado. Apenas está lúcida. Viene al comedor todos los días, se sienta, come y su cuerpo parece encontrar un cierto alivio. A veces se queda dormida y a veces llora en silencio.

Las mujeres solicitantes de asilo y refugiadas que llegan solas a Italia son, en su mayoría, víctimas de violencia y abusos en los países de los que huyen y en el viaje que emprenden. Son jóvenes y el miedo les hacen enamorarse de quienes se aprovechan de ellas. Son demasiado hijas cuando de pronto se encuentran siendo madres.

El Centro Astalli, sede italiana del Servicio Jesuita a los Refugiados, trabaja desde hace más de 40 años para garantizar a las mujeres inmigrantes apoyo psicológico y médico, asistencia jurídica y acceso a la educación y al mercado laboral.

los cárteles y liberados previo pago de un rescate. O la desesperación de un joven hondureño cuya madre fue asesinada en la iglesia por motivos religiosos. O la rabia de una pequeña empresaria, madre de cinco hijos, que en El Salvador fue extorsionada y amenazada de muerte si no pagaba una parte de sus ganancias... De esto huyen: de la violencia, del chantaje, de la extorsión y ahora de la sequía que convierte los cultivos en desiertos.

Christa es el punto donde se unen dos mundos, entre el de "aquí" del que se huye, y el de "allí" donde se puede empezar de nuevo. "Siento la tensión del



contraste. Ser rostro de una Iglesia de frontera es mi respuesta a la llamada de Dios. Llevo el amor que he recibido a estas personas que escapan. Quiero compartirlo con ellos. Y además para mí es un privilegio", asegura. "Significa ir más allá de las fronteras y entrar en el corazón de

las personas, en lo más secreto. Aprender de las tragedias que vivieron en sus países y por las que decidieron partir. Un joven padre me contó lo que significó para él viajar aferrado al techo de un tren, sosteniendo en brazos a su bebé de 3 meses. Una madre me preguntó: 'He llegado

hasta aquí pasando hambre y luchando por no sucumbir, ¿crees que mi hijo de 3 años recordará esto?'. Le respondí: 'Solo recordará cuánto lo amaba su madre y cuánto hizo para protegerlo. Él sabrá que todo esto fue por él'".

Christa es joven y sueña "con un mundo sin fronteras". "Los derechos no pueden reservarse a quienes nacen en el lado "correcto" de la frontera y tienen un número de seguridad social que les permite recibir una formación, ser atendida en un hospital, tener un permiso de conducir, solicitar un préstamo... Las personas tienen el derecho de vivir".

Silvia Martínez Cano es teóloga y artista. “No puedo prescindir de ninguna de las dos cosas. Estos dos lenguajes se afectan mutuamente, son muy cercanos por su carácter simbólico y de interpretación del mundo, y su combinación da respuesta a nuestro tiempo”, afirma.

Profesora en la Universidad Complutense de Madrid y en el Instituto Superior de Pastoral de la Pontificia de Salamanca, dirige la colección de mujeres bíblicas de la editorial San Pablo y es autora de numerosos libros (*Caminar por lo sagrado, Teología Feminista para Principiantes, De Evas, Marías y otras mujeres: arte, cristianismo y género...*). Precisamente “¡Mujer!” llama Jesús resucitado a la **Magdalena**. “Es subversivo para el tiempo de Jesús. ¿Qué religión en su tiempo llama a las mujeres a la salvación?”, se pregunta Silvia. En su teología, las fronteras tienen un protagonismo especial, y por extensión, la mujer. “Jesús llama a la persona, más allá de ser mujer o no. El problema es cómo nuestras estructuras sociales y eclesiales han reinterpretado eso. En la primera y segunda generación del cristianismo era la actividad de hombres y mujeres era a la par, pero cuando la Iglesia se institucionaliza, busca sobrevivir en una sociedad patriarcal y las mujeres pierden. Esto es una frontera, lo ha sido durante mucho tiempo y lo sigue siendo. Nosotras estamos en el margen de la Iglesia. Llenamos las iglesias, sostenemos las cáritas, pero siempre nos referimos a la mujer en un nivel de obediencia a un grupo pequeño de hombres. Y esta estructura no corresponde a lo querido por Jesús”.

En palabras de esta teóloga, “romperíamos esa frontera si, en este tiempo (que yo veo de oportunidad), nos tomáramos eso en serio y quisiéramos, de verdad, que la Iglesia fuera un modelo para la sociedad. En un lugar así, en un espacio de liberación para todos, no tiene cabida que las mujeres no puedan expresarse”. Recibe con alegría los pasos que se van dando, como la presencia y voto de las mujeres en el próximo Sínodo de Obispos, pero está convencida de que “se necesitan pasos más rápidos. Una sinodalidad real pasa por elementos que quedan fuera del debate todavía. No se habla de la estructura jerárquica de la Iglesia. Si la diferencia entre Pueblo de Dios y jerarquía se mantiene y en esta no entran mujeres, no va a haber una verdadera transformación de la Iglesia, porque está excluyendo al 80% de la



Mis cuatro fronteras

La teóloga Silvia Cano habla de Dios con la palabra y el arte

Iglesia comprometida, que son las mujeres. Desearía que esto saliera en el sínodo, porque los pasos que vamos dando están bien, pero son muy lentos. No queremos mandar, sino compartir responsabilidades, esto es sumativo, nadie pierde”, afirma.

Silvia se define en las fronteras. Ha elegido ese camino, que es un estilo de vida concreto desde la experiencia cristiana. “Mucho en el cristianismo es fronterizo, y los diálogos se hacen en las fronteras. Abren caminos inesperados y eso siempre es interesante”. Una de esas fronteras le lleva al arte. Curiosa desde muy pequeña, comenzó a dar cauce a su expresividad con ocho años y ahora alimenta a diario esa capacidad de asombro. Tiene su propio taller, donde hace pintura, escultura, fotografía, murales...

Comunicación absoluta

“El arte es fundamental para la vida, su democratización es muy importante. Es el modo de comunicación absoluta; sin él somos animales, muere la cultura”. Lo concibe como una necesidad vital, y como modo de expresión e investigación. Acercar Teología y arte es, para ella, una manera de hacer hoy diálogo fe y cultura. Su trabajo artístico se desarrolla en el ámbito del espacio y de la acción: el primero, mediante instalaciones artísticas y el segundo, con la *performance*. En sus propias palabras, “transformar el espacio

es muy importante, que pase de ser de unos pocos a estar habitado por muchos. Ocupar los lugares por una convivencia participada”. La *performance* lleva a Silvia a la acción comunitaria, que involucra a más personas, y en la que el tiempo se convierte en proceso, en ritual, con una participación mayor. Todo esto, lo relaciona con el mundo cristiano. “Es aplicable también a la Iglesia, para preguntarnos cómo ser una gran comunidad en la que todos los miembros lo sean activamente”. Y es que Silvia apuesta por “recuperar la creatividad para solucionar muchos de los problemas que tenemos como comunidad cristiana”.

Influida por teólogas como **Dorothee Sölle, Elisabeth Schüssler Fiorenza e Ivone Gebara**, se considera a sí misma teóloga feminista de segunda generación y en un mundo casi limitado a los hombres. “Conocemos pocos personajes femeninos que hayan podido hacer ese camino. La Teología que se conoce tiene un modo de pensamiento muy ‘masculino’, muy lineal, lógico, abstracto... La Teología de las mujeres aporta diversidad y enriquece los puntos de vista. Y no hay muchas personas que hagan esto. Me siento muy sola en este mundo, pero creo que apporto algo nuevo y necesario, que forma parte del *sensus fidei*”.

Apunta un signo de esperanza: “Que podamos hablar de Teología y feminismo y salgamos en la prensa, ya es impensable”.

Bajo las bombas

Desde hace un año y medio, sor Oleksia recorre Ucrania

VITO D'ETTORRE

La primera vez que me puse el chaleco antibalas me caí al suelo porque pesaba demasiado. Con mucho gusto prescindiría de él, pero mi Superiora siempre recomienda que lo lleve". La hermana **Oleksia Pohranychna** vive en Járkov, en el este de Ucrania, a 20 km de la frontera con Rusia.

Desde que estalló la guerra, ha cruzado las zonas amenazadas por la artillería de Moscú para llevar alimentos y medicinas a los habitantes de los pueblos bombardeados. Entra en los búnkeres para estar con niños y ancianos que no ven la luz del día durante semanas. Un día me encontré con ella en el cementerio de la catedral greco-católica de San Nicolás. Frente a la iglesia había al menos dos mil personas haciendo cola, casi todas madres con niños pequeños, que esperaban para recibir un paquete de ayuda humanitaria. El frío les tenía callados, solo se oía llorar a unos niños. "Estoy cargando la furgoneta para ir a Saltivka, podemos ir juntos si me ayudas", dice sin aliento. Sacos de patatas, mantas, cajas llenas de comida y también velas, leña y agua. Cruzamos Járkov, la segunda ciudad ucraniana más grande, en total silencio. Aquí vivían aquí un millón y medio de habitantes, de los cuales quedan menos de la mitad.

Oleksia aparca la furgoneta bajo un edificio de diez plantas destruido y aparentemente deshabitado. Todos los vecinos se han ido menos tres abuelas, la mayor tiene 85 años. Viven en sótanos, sin calefacción ni agua corriente y se las arreglan solo con la ayuda que les brinda esta monja. En Járkov, 250.000 familias ya no tienen casa y muchas siguen viviendo entre los escombros porque no tienen alternativas. Oleksia forma parte de la congregación greco-católica de San José.

Al pasar junto a una escuela infantil, reducida a escombros, habla de esta guerra que se libra en el corazón de Europa desde hace más de un año. "La noche del 23 de febrero de 2022 estaba en Leópolis, mi ciudad natal. A las 5.30 de la mañana, el guardián de la catedral de San Nicolás en Járkov me llamó y me dijo angustiada: "Aquí están bombardeando". Los primeros días nos invadió el pánico y el terror. Me quedé en Leópolis porque allí llegaba gen-

te de toda Ucrania. Todos querían escapar al extranjero. Abrimos el convento a los refugiados. Desde las zonas afectadas por los bombardeos nos pidieron medicinas y vendas para los heridos. Y así empezamos a hacer vendas con las sábanas de convento".

En dos semanas, más de cuatro millones de refugiados abandonaron Ucrania. La mayoría eran mujeres que huían con sus hijos pequeños. Debido a la ley marcial, los hombres de hasta sesenta años no pueden salir del país. La estación de tren estaba abarrotada por miles de personas que no tenían adónde ir, y por la noche la temperatura alcanzaba los 20 grados bajo cero. Las colas en la frontera duraban más de veinte horas, las carreteras principales estaban congestionadas, así que la única manera de salir de Ucrania era en tren. En el extranjero, los centros de acogida para refugiados suelen estar fuera de la ciudad, en el campo, y sin coche es un problema.

Con el todoterreno

"Un día me llamó una madre de tres hijos a quien había conocido en Járkov y me dice: '¿Puedo pedirte un favor? Si mi marido trae su coche a Leópolis, ¿podrían entregármelo en Polonia? Ya sabes, mi marido no puede salir...' Después de unos días, el marido llegó con un coche enorme. "Era un todoterreno. Pensé: '¿qué dirá la gente cuando vea a una monja conduciendo un BMW carísimo?' Al final lo hice. En la aduana no me preguntaron nada, pero estaba tan nerviosa que pulsé mal un botón y apagué el coche.

Oleksia continúa viajando de Leópolis a Polonia para llevar a niños enfermos al extranjero para que reciban tratamiento. Son niños en diálisis o con cáncer. En la frontera hay médicos polacos esperándolos. "Cada vez que me ven me preguntan: 'Hermana, ¿es usted la que condujo hasta aquí?'. '¿Veis alguien más?', les respondo. A veces regreso a Ucrania en tren, otras en la furgoneta de los frailes redentoristas de Chernígov, llena de ayuda humanitaria. Un día una madre me pidió desesperada que la llevara a Polonia. Me dijo que eran solo ella y su hija. Cuando fui a recogerlas aparecieron con un gato y un perro que babeaba por todos lados. Las hice subir en el coche sin pensármelo demasiado. Me dije a mí misma: ¿lo perdieron todo y encima les voy a decir algo?".



Regresó a Járkov tres meses después del inicio de la guerra conduciendo una furgoneta llena de ayuda humanitaria. El viaje de Leópolis a Kiev le pareció irreal. A lo largo del camino, más de mil kilómetros, no se encontró con nadie hasta el punto de que llegó a dudar de haber tomado el camino correcto. "Cuando llegamos era de noche y el paisaje era fantasmal. Las luces estaban apagadas, ni siquiera los semáforos funcionaban. Casi todos los edificios estaban destruidos. Las primeras dos semanas dormimos en la iglesia. Llevamos las camas allí porque hay un sótano donde nos sentimos más protegidos. La onda expansiva de las explosiones se siente menos.

En septiembre, el ejército ruso se retiró de la ciudad de Iziom, donde se encontraron fosas comunes y cámaras de tortura. Cuando se enteró de la liberación, Oleksia corrió allí para ayudar a la población. "Cuando nos vieron se conmovieron, algunos nos dijeron que pensaban que iban a morir sin volver a ver a un religioso o sin poder ir a misa. Rezo todos los días por el fin de la guerra", concluye Oleksia.



En los confines de la tierra

La apuesta periférica de Francisco tiene un peso eclesiológico, ético y misionero

MARINELLA PERRONI

La obra de **John P. Meier**, *Marginal Jew* (*Un judío marginal. Repensando a Jesucristo*) ha tenido gran éxito. Publicada entre 1991 y 2016, es la monumental investigación (cinco volúmenes) del sacerdote católico estadounidense estudioso bíblico, (fallecido a la edad de 80 años el 18 de octubre de 2022, antes de completar el sexto volumen), que nos hace considerar a **Jesús** por primera vez como debieron considerarlo sus contemporáneos, “un judío marginal”, título deliberadamente provocativo.

El tema de la marginalidad y, de forma particular, la marginalidad de Jesús, ha suscitado acalorados debates entre los estudiosos de los textos bíblicos. Para **María Luisa Rigato**, teóloga bíblica y auténtica católica romana, la primera mujer que tuvo acceso al Pontificio Instituto Bíblico después del Vaticano II y que sintió todo el peso específico de esa universalidad a la que se refiere la calificación de “católica”, era difícil aceptar la reducción de la Iglesia a la marginalidad y, más aún, la atribución del título de “marginal” a Jesús de Nazaret.

La de “marginal” es una categoría que ha entrado de lleno en el discurso público, incluso en el teológico y eclesial, pero, es necesario tratarla con gran cuidado. Además de describir una posición social o religiosa, contiene una fuerte carga ideológica y transmite mensajes contradictorios. Indica exclusión o inclusión. Y, aunque no se pueda encontrar explícitamente en el Evangelio, la terminología de marginalidad define bien la parábola.

Jesús de Nazaret superó solo ocasionalmente la frontera dentro de la que

inscribió su misión, porque se sentía “enviado solo a las ovejas descarriadas de la casa de Israel” (Mateo 15,24). Quiso con todas sus fuerzas devolver al centro del pueblo a todos aquellos que, por las más distintas razones, habían sido empujados fuera de los márgenes establecidos por la institución: enfermos, pecadores, niños y mujeres. A partir del mandato del Resucitado de hacer “discípulos de todos los pueblos” (Mateo 28,19), a lo largo de la historia de la Iglesia, la misión cristiana siempre ha ido más allá del centro, ya a sea Jerusalén, Antioquía o Roma, hasta llegar “a los confines de la tierra” (Hechos 1,8), procurando no descuidar a los marginados, a los pobres, a las viudas y a los enfermos.

Frontera tras frontera

En definitiva, el “margen” puede considerarse una categoría teológica indispensable por su peso eclesiológico, ético y misionero. Indica un movimiento que es a la vez centrífugo y centrípeta, una dinámica intrínseca al Evangelio mismo y a la historia de su difusión en todo el mundo. Si durante muchos siglos el movimiento fue predominantemente centrífugo porque los discípulos del Resucitado cruzaron frontera tras frontera, logrando contribuir, a veces más, a veces menos, a superar formas de marginalidad social y eclesial, hoy la Iglesia católica romana experimenta fuertes fuerzas centrípetas.

La progresiva globalización del colegio episcopal y del pontificado ha significado que la necesidad de hacer oír su voz en el centro de la Iglesia provenga ahora de las tierras, culturas e iglesias donde tradicionalmente llegaban los misioneros cristianos. Una voz teológica, litúrgica,

espiritual que proviene de comunidades de creyentes hasta ahora marginales en las que el Evangelio de Jesús ha llegado y ha penetrado, porque el Verbo continúa día tras día haciéndose carne y haciendo de cada pueblo de la tierra su pueblo (ver Juan 1, 14). La historia del “judío marginal” es una parábola que se repite y seguirá repitiéndose, componiendo la dinámica entre lo centrípeta y lo centrífugo de maneras siempre nuevas. El Papa **Francisco** es testigo y emblema. Por esto, y no por los dimes y diretes, se le dará su lugar en historia. Su historia familiar de emigración y vocación personal es una metáfora de un mundo en el que la relación entre el centro y la periferia ha cambiado profundamente.

La historia está enseñando a las iglesias que los márgenes son umbrales que pueden cruzarse en una dirección u otra. Cruzarlos nunca es indoloro. Por ejemplo, ¿qué significa para una Iglesia romancéntrica, que siempre ha exportado sus propias creencias y costumbres, escuchar la teología que viene de las “fronteras del imperio”, acoger las peticiones que vienen de “las iglesias marginales”? , ¿qué significa para las comunidades cristianas del mundo superar las múltiples formas de marginación debidas a las desigualdades, es decir, volver a llamar a este lado de los márgenes más allá de los cuales la vida ha empujado a los pobres en primer lugar, ya sean hombres o mujeres o poblaciones enteras? Quién sabe cuántas generaciones serán necesarias para declinar la palabra “sinodalidad”. Pero Francisco ha indicado el camino y está intentando trazarlo. Persigue su sueño de una Iglesia y de una humanidad en la que todas las voces puedan cantar en un mismo coro.

El Hombre de las fronteras

Nació en las afueras del Imperio Romano. Un país orgulloso de sus tradiciones y fiel a su monoteísmo, aunque rodeado de culturas politeístas. Para su predicación en los tres años de vida pública, prefirió las tierras periféricas. **Jesús de Nazaret**, el Hijo del Dios que derriba “de sus tronos a los poderosos” y levanta a “los humildes”, el Dios que eligió como protagonista para salvar a la humanidad a una joven de catorce años procedente de Galilea, durante su existencia terrena fue un hombre de frontera.

Desde el principio su vida estuvo marcada. **María** y **José**, obligados a viajar a causa del censo, abandonaron Nazaret para llegar a Belén. La falta de un lugar alejado de miradas indiscretas les obliga a buscar un refugio improvisado en una de las cuevas utilizadas como establos. Aquí, en absoluta precariedad, nace el “Rey de Reyes”, el Mesías, Hijo del Todopoderoso, reducido a la impotencia y dependiente de los cuidados de una madre y de un padre, como todo recién nacido. Pasan unos meses, y al celebrarse la Navidad, se tiñe de rojo sangre. Es la sangre de los inocentes, víctimas del rey **Herodes**, que hizo matar a todos los niños de Belén menores de dos años para deshacerse del Mesías. Jesús se salva. Él y su familia viven la experiencia de muchos migrantes y refugiados. Abandonan su país, cruzan la frontera, se adaptan a vivir entre otro pueblo con cultura y tradiciones diferentes. Sobreviven gracias a la hospitalidad de los egipcios.

El Nazareno da sus primeros pasos lejos de las capitales políticas y religiosas. Es un Rey que nació en la humildad y el secreto, recibiendo el reconocimiento de los marginados, de los pastores que vivían fuera de los pueblos con sus rebaños y eran nómadas de los que había que mantenerse alejado.

Tras décadas de vida oculta en Nazaret, Jesús comienza su vida pública. Y su predicación comienza en las afueras de Galilea, una región vista con desprecio por los judíos, porque era un lugar de mezcla de gente y donde vivían poblaciones extranjeras. Tierra de paso y de intercambios comerciales. Es multicultural y multilingüe, donde razas, culturas y religiones se cruzan y se encuentran. Es la “Galilea de los gentiles” (**Isaías**), la tierra favorecida por el Hijo de Dios, que elige como base una aldea de pescadores, Cafarnaúm, ese “Mar de Galilea” que junto con sus apóstoles

ANDREA TORNIELLI

Jesús nació en la humildad y prefirió esta en la periferia



casi todos pescadores, navegarán a lo largo y ancho viajando en barca. Y además de entrar y enseñar en las sinagogas, Jesús se encuentra con la gente en la calle, en los cruces de caminos, en la orilla del lago o mientras se desplaza de un pueblo a otro acompañado de sus seguidores.

Jesús se contagia

La predilección del Hijo de Dios es por los marginados, por los que son o se sienten rechazados, por los excluidos y por los parias. Jesús llama a los recaudadores de impuestos, como **Mateo** o al jefe de ellos de Jericó, **Zaqueo**. No solo les habla, sino que les hace gestos que rompen con las tradiciones de la época al acudir a sus casas. No tiene miedo de cruzar los umbrales de los hogares paganos, no tiene miedo de tocar a los “impuros” porque están enfermos o porque son pecadores. Jesús entra en contacto con ellos, se “contagia”. Les dice a los seguidores que lo acompañan –sin comprender del todo su mensaje– que ha venido por los pecadores, no por los justos.

Para los enfermos, no para los sanos. Así cura a la mujer hemorroísa “impura” que toca el borde de su manto; abraza al pecador empedernido y corrupto Zaqueo, que se convierte porque está inundado de esta

infinita misericordia; salva de la lapidación y perdona a la mujer sorprendida en acto de adulterio, ahuyentando a las personas “rectas” que estaban dispuestas a arrojarle piedras; en casa del fariseo **Simón** se deja lavar y secar los pies por la mujer pecadora cuyos pecados perdona porque “ha amado mucho”. Está dispuesto a entrar en casa de un pagano, el centurión romano, que le ruega que cure a su siervo, y tras definirse como “no digno” de acoger al Mesías en su casa, Jesús lo señala como modelo a sus discípulos diciendo no haber encontrado tanta fe en ningún miembro del pueblo escogido de Israel. Enfermos, lisiados y endemoniados son su pan de cada día, la gente que encuentra en los caminos polvorientos de los pueblos galileos. Va a buscar a los que no se sienten “bien”, a los que viven turbados, a los que están fuera.

Jesús, también en la Galilea de los gentiles, vive en la frontera porque no se deja atrapar por los proyectos de los rebeldes que querían utilizarlo como bandera en la lucha contra los romanos. Aquí surgió la decepción del apóstol **Judas**, que hasta el final esperó una “manifestación” mesiánica acompañada del poder mundano. Cada vez que las multitudes quieren coronarlo rey, el Nazareno huye, se esconde en los confines de las fronteras, porque el Reino de Dios que vino a anunciar está en este mundo, pero no es de este mundo. Renuncia al poder eligiendo el camino de la humillación, de la humildad, del compartir con los últimos y los más pequeños.

El último capítulo de esta historia, la muerte en la cruz, sucede fuera de los muros de la Ciudad Santa de Jerusalén. Desnudo y descartado como un hombre infame, acepta morir como un cordero inmolado sin reaccionar, mostrando así a sus seguidores el camino de la no violencia. La muerte en la cruz parecía la mayor derrota, el miserable final de todo. Y en cambio, al tercer día resucita, como había predicho. El Hijo de Dios que nunca abusa de la libertad del hombre dejando siempre suficiente luz para quienes quieren creer y suficientes tinieblas para quienes no quieren creer, deja que lo vean primero las mujeres. No se aparece a **Herodes**, ni a **Pilato**, ni a los sumos sacerdotes. Se muestra ante las mujeres cuyo testimonio en la sociedad machista de la época no valía nada ante los tribunales. Una vez más da la vuelta a cualquier lógica humana.



Católicas en Mongolia

El país que ha visitado el Papa cuenta con mujeres pioneras

MARIE-LUCILE KUBACKI

Cuando el sol sale sobre la pequeña iglesia de Arvaikheer parece como el comienzo de un sueño. La cruz en lo alto de la *gher*, la tradicional tienda redonda mongol típica de la vida nómada, de repente tiene sus brazos extendidos por los rayos de luz. Al fondo, detrás de una valla, la estepa se tiñe de tonos caqui y marrón, mientras la estrella se eleva hacia el cielo azul. Es una inmensidad sin límites a veces surcada por una nube arrastrada por el viento. Es la época en la que, en toda la ciudad de 29.000 habitantes, capital de la provincia de Ôvôrhangaï en el centro del país, las mujeres se levantan pronto por la mañana con las pestañas aún congeladas por la estación fría, para alimentar la estufa con troncos o estiércol de caballo. Cuando la familia se despierta, las mujeres se marchan de la tienda porque es una regla tácita desde hace siglos. Luego arrojan la leche hacia el cielo “como bendición y reverencia al mundo invisible”.

Lucia Bortolomasi, italiana nacida en Susa, provincia de Turín, recientemente elegida superiora general del Instituto de las Hermanas Misioneras de la Consolata, vivió en Mongolia durante 14 años. “Por mi experiencia, puedo decir que las mujeres tienen un papel muy importante en

la sociedad mongola. Ocupan los puestos más importantes en sus tradiciones, en la familia y el trabajo. Siempre es la mujer la que entrega al invitado de honor una taza de leche envuelta en un pañuelo azul para darle la bienvenida y mostrar sus respetos”, explica. Son también las mujeres las primeras en susurrar el nombre al oído de su bebé durante una ceremonia que se realiza al final del primer mes delante de la familia reunida...

Poco antes del amanecer, en la casa de los misioneros, los dos sacerdotes y las cuatro monjas también se ocupan de calentar la iglesia porque a las 7.30 llegan los primeros feligreses para rezar el rosario. Llegan poco a poco hasta la hora de la misa, más o menos numerosa según el día, como las cuentas del rosario mientras



rezan el Ave María y el Padre Nuestro suavemente en lengua mongol. Una vez más, son las mujeres las que llegan primero. **Norgim** suele ser una de las primeras en entrar. La septuagenaria, que eligió **Ágata** como nombre de bautismo hace unos diez años, dirige las oraciones de hoy. Su voz cristalina y decidida, así como su hermoso rostro con dos ojos intensos, reflejan una personalidad decidida. Quedó viuda hace unos años y vende pieles de animales en el mercado. Es un trabajo difícil, pero ella es una verdadera empresaria.

Lectura en el mercado

En su casa, donde vive sola, nos recibe con un humeante plato de *buuz*, unos deliciosos raviolis de masa fina rellenos de cordero y condimentados con cebolla y especias. El rincón para rezar ocupa un lugar de honor en el comedor. Sobre un mueble de madera lacada, decorado con frutas y flores, está la vela de su bautismo, una ramita plantada en un jarrón de plástico blanco, un tarro de miel vacío reciclado como botella de agua bendita y la Biblia. El ejemplar, encuadernado en piel marrón, no es un objeto decorativo. Las páginas arrugadas hablan de una lectura regular. Norgim lee en el mercado y prefiere el Evangelio de San Mateo y los salmos, especialmente “El Señor es mi pastor”.

Para ella, el mercado es donde empezó la aventura. “En el año 2000, estaba hablando con un cliente cuando don **Giorgio** pasó por aquí”, dice, refiriéndose al hombre que fue creado cardenal por el Papa **Francisco** el 27 de agosto de 2022. Se trata de monseñor **Giorgio Marengo**, misionero, prefecto apostólico en Ulán Bator, durante más de 20 años en Mongolia. “La persona con la que hablaba me dijo: ‘mira a estas personas, son maravillosas con los enfermos, los ayudan, son buenas personas’. Como mi marido estaba paralizado, decidí hablar con ellos”. Siguió a los misioneros, yendo a propósito para saludarlos. Cuando



los escuchó responder en su idioma, el mongol, que es tan difícil de aprender, se dijo: “Es Dios quien ha propiciado este encuentro”. Decidió quedarse con ellos. Y, por primera vez en su vida, puso un pie en una tierra desconocida: una iglesia.

“Al principio no entendía nada”, recuerda esta mujer que creció en la cultura budista, teñida de chamanismo, mayoritaria en el país. Pero, como el hombre de la parábola del tesoro escondido del Evangelio de **Mateo**, sintió en lo más profundo de su ser que acababa de tener en sus manos algo tan precioso que merecía la pena hacer todo lo posible para conservarlo. Con perseverancia, regresó regularmente a Misa. Fue una de las primeras en bautizarse, junto con **Perlina**, otro pilar de la parroquia, una bella septuagenaria de cabello castaño rojizo. Otras mujeres llegaron después al taller de bordado, un proyecto social creado por los misioneros y ahora dirigido por la hermana **Tireza**, una monja etíope. A veces la gente se sorprende de que ella haya dejado su país para vivir tan lejos de casa, sin salario y sin estar casada. “Las mujeres aquí son muy fuertes. Son las primeras”, dice.

Perlina, conocida como **Rita** por su nombre de pila, al igual que Norgim, es un personaje que parece salido de los Hechos de los Apóstoles. En su *gher*, con sus muebles de colores naranjas y las fotografías de sus hijos y nietos, ha preparado un auténtico banquete. En Mongolia, se toman la hospitalidad muy en serio y de ella se ocupan las mujeres. Sobre la mesa al fondo de la tienda, en el lugar de honor, delante de la puerta y detrás del altar, están el pan del Año Nuevo Lunar frito en grasa de oveja y adornado con dulces y frutos secos, el *buuz* en caldo y el inevitable té salado con mucha leche. Mientras su nieta, monaguilla de la parroquia, teclea su smartphone, ella cuenta su historia bajo la atenta mirada de su marido **Renchen** o **Augustin**. “Antes de convertirme en cató-

lica, vivía en un pueblo del norte donde hay una mina, Erdenet, y conducía una grúa”, nos cuenta sin rodeos, explicando que se formó en Rusia durante la era soviética. “No creía en nada. En los años noventa comencé a asistir a varias iglesias evangélicas y así descubrí a **Jesús**”, asegura.

En Arvaikheer escuchó hablar de la iglesia en la *gher*. Como Norgim, al principio estaba un poco perdida.

“La primera vez que entré lo que más me llamó la atención fue ver a todos estos religiosos y religiosas de otros lugares haciendo todo lo posible por aprender nuestro idioma y predicar en nuestro idioma. ¿Por qué hacer un esfuerzo tan grande? Me causó una gran impresión”. Habla continuamente, sin apenas tiempo para recuperar el aliento: “Es difícil de explicar, pero el hecho de que fueran extranjeros me dio confianza. El hecho de que estas personas vinieran de lejos y trabajaran tanto es un signo de autenticidad, porque ellos mismos renunciaron a algo para estar aquí, y sus vidas revelan las cualidades de las personas de fe: su bondad, su humildad... Cuando los vi, yo también quise ser así, me atrajo”. Muy orgullosa, añade: “Soy madrina de diez personas en la Iglesia y cinco personas, entre ellas mi marido, han sido bautizadas en mi familia”.

Hablar de fe

Una de sus hermanas se hizo cristiana, las otras dos son budistas y hablan mucho de fe. En concreto la muerte es una de las principales preocupaciones de Perlina. También le apasiona la Biblia, que lee con su marido y que le regaló a su hijo, actualmente en prisión. “Lo que más me atrae es la resurrección de la carne. Lo encuentro maravilloso. Dejé de tener miedo y de estar enfadada”. Le preguntamos a su nieta qué pasa con los jóvenes. Levanta la vista de su *smartphone* y responde: “En clase, mis profesores y mis amigos me hacen preguntas sobre la Iglesia y lo que



hacemos”. Algunos traen amigos, pero esto es más común en Ulán Bator, capital y donde estudian muchos jóvenes.

Así como encienden la estufa por la mañana y la cuidan durante el día, las mujeres son las primeras en encender las ramitas de la fe en sus hogares y mantener encendido el fuego, a pesar de las difíciles condiciones de vida. Durante la conversación, Perlina menciona el peso de los tanques de agua que ni ella ni su marido pueden levantar, un problema vital dado que las *gher* no tienen agua corriente. “Siempre me ha llamado la atención la fuerza de espíritu de las mujeres mongolas”, dice Lucia Bortolomasi. “En sus rostros se ve un espíritu de resistencia y de paciencia inquebrantable. Son mujeres valientes que no se dejan asustar por el gélido invierno mongol, que no se dejan desanimar por las injusticias sociales y las dificultades que deben afrontar a diario para sostener dignamente a sus familias”. En la estepa de horizonte infinito, las madres entrenan la vista de sus hijos pidiéndoles que cuenten las ovejas hasta que sean tan invisibles como cabezas de alfiler. Les enseñan a mirar a lo lejos. Sin miedo.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento